

EN UN TEATRO
DE ROMA

MASTROIANNI
resucita a
VALENTINO



CONVERTIDO en gran estrella internacional, especialmente a raíz del fabuloso éxito mundial de «La dulce vida», Marcello Mastroianni, que comenzó su carrera de actor en el teatro, interpretando «Angelica» al lado de Giulietta Masina, había abandonado esta actividad desde hace varios años, absorbido por sus actividades cinematográficas. Las películas se sucedían unas a otras sin apenas interrupción, sin dejarle tiempo ni para tomarse unas vacaciones. Desde hace algún tiempo tenía interés en volver a las tablas. Y para ello ha escogido un género que nunca había intentado, totalmente opuesto a todo lo que había hecho con anterioridad. En efecto, lo más importante de su labor escénica se había desarrollado al lado de Luchino Visconti, en la compañía dirigida por éste y a cuya cabecera estaban Paolo Stoppa y Rina Morelli. Con esta compañía, Mastroianni interpretó una serie de obras importantes del repertorio clásico y moderno, italiano y extranjero. Luego, a medida que su cota cinematográfica fue aumentando y que sus compromisos se fueron sucediendo a un ritmo cada vez más rápido, se vio obligado a abandonar el teatro. Para su vuelta a él ha escogido una comedia musical.

La comedia musical ha adquirido recientemente, en Italia, un nuevo auge. Planteada a distinta escala de su equivalente americana, ha logrado un tono popular que ha hecho que recientemente los más grandes éxitos teatrales de Roma hayan pertenecido a este género. El más espectacular ha sido el de «El cumpleaños de la tortuga», que acaba de estrenarse en España después del fracaso de su adaptación francesa, a pesar de estar ésta interpretada por Annie Girardot y Philippe Nicaud. El tema de la obra que ha servido a Mastroianni para su retorno a la escena es nada menos que **SIGUE**



Cuarenta años después de la muerte de Rodolfo Valentino —que aparece sobre estas líneas con el atuendo con que bailaba el famoso tango de «Los cuatro jinetes del Apocalipsis», Marcello Mastroianni resucita el fabuloso personaje en una comedia musical que marca su regreso al teatro después de varios años de dedicación exclusiva e intensísima al cine.



En un decorado estilizado al máximo, Mastroianni aparece junto a Paola Borboni, una de las mujeres que en «Ciao, Rudy» le persiguen. A la derecha, caracterizado como

la resurrección del que fue posiblemente el mayor ídolo masculino del cine mundial y, en todo caso, el más caracterizado representante del «latin lovers», Rodolfo Valentino. Cuarenta años después de su muerte, la figura del famoso supergalán resurge, en su vida privada y en sus más célebres interpretaciones. La boga de las evocaciones de épocas aún recientes, el impulso tomado por las modas de hace unos lustros han influido, ciertamente, en el hecho de que la decisión de Mastroianni se haya orientado en este sentido. In-

dudablemente, por bien que la obra marche, los ingresos que perciba el actor no podrán equipararse a los que el cine le habría proporcionado en un período de tiempo igual al que consuman las representaciones. Pero el teatro le tiraba demasiado...

Antes de empezar los ensayos, Mastroianni se ha documentado al máximo sobre todo lo referente a Valentino. Ha visto una y otra vez todos aquellos films de los que aún se conservan copias, ha leído las revistas de la época en que se apoyó su mito, ha estudiado los modos y mo-

das del momento. Más que a un exacto parecido físico ha tendido a una caracterización del personaje por sus maneras, su modo de vestirse —que hoy resulta ridículo—, su peinado atildado, su maquillaje excesivo... No se trata, pues, de una copia del personaje equivalente a la que hace unos años se quiso lograr con Anthony Dexter. La cosa va más allá. Se quiere dar de Valentino una visión en profundidad, que explique, dentro de la ligereza propia de la comedia musical, lo que hizo de él un personaje representativo, tanto como para que

su nombre siga sonando a los cuarenta años de su desaparición, y ello sin que nunca haya interpretado una película que merezca ser recordada en sí misma.

VALENTINO fue, de hecho, la figura más importante del «star-system» en los años veinte. Llegado a Estados Unidos en 1914 desde Italia, donde había nacido diecinueve años antes, al cabo de tres lograba el papel central de «Los cuatro jinetes

MASTROIANNI



El gran Rodolfo Valentino en «El Jeque».

del Apocalipsis», adaptación de la novela homónima de Vicente Blasco Ibáñez, de quien también interpretaría «Sangre y arena». Desde aquel momento se convirtió en figura popular en el mundo entero, aunque su rápida ascensión a la cumbre del estrellato no se tradujo en una situación económica brillante, ya que, ligado por contrato, su sueldo nunca sobrepasó los 500 dólares semanales. Hasta tal punto llegó su tirantez con el estudio que le empleaba, que decidió romper su contrato para dedicarse a anunciar por todo

SIGUE



¡Nunca tendrá que dar cuerda a este Omega Ladymatic! Posee un brazalete que hace juego con el reloj. Su cristal facetado, tallado en un zafiro sintético, brilla como un diamante.

Este Omega Ladymatic se da cuerda a sí mismo al menor movimiento de su muñeca.

El nuevo Omega Ladymatic es el reloj automático más pequeño del mundo. Es tan pequeño que puede pasar a través de un anillo. Su espiral tiene la ligereza de un ala de mariposa y son los movimientos de su muñeca los que le dan vida.

Se le acabaron las preocupaciones provocadas por un resorte demasiado o insuficientemente tenso. Déjelo por la noche sobre el tocador; vuelva a ponérselo a la mañana siguiente; continuará funcionando perfectamente. Su relojero Omega le presenta-

rá la colección Ladymatic completa. Incluso encontrará relojes impermeables y con calendario.

Es una de las más extensas colecciones de relojes automáticos de señora. escoja uno, póngaselo y... comprobará que un Lady-

matic puede ser bello, seductor y femenino.

Ladymatic Saphire caja y pulsera de oro 18 qts.	13.850 Ptas.
Caja de oro 18 qts. (con correa)	8.280 "
Caja chapada oro	5.550 "
Caja de acero inoxidable	4.665 "
OTROS modelos para señora desde	2.880 "



el territorio de los Estados Unidos un producto cosmético, la «Mineralava», cuya casa productora le pagaba tres mil dólares a la semana por exhibirse en salas de baile o gimnasios, ya que la Paramount impedía su actuación en teatros, cines y music-halls. No obstante, su tren de vida era el de las estrellas mejor pagadas del momento. Idoló de las mujeres que sólo le conocían a través de la pantalla, su vida sentimental fue extraña y, para muchos, ambigua. Sus dos matrimonios duraron lo que duró la noche de bodas. Su «romance» con Pola Negri fue siempre un misterio y, según parece, más en función de las necesidades publicitarias que en la de reales vínculos afectivos. Cuando comenzaba una segunda carrera cinematográfica, una vez resueltas sus diferencias con la Paramount (que se opuso a que protagonizara «Ben-Hur»), bajo contrato con la Ritz-Carlton Pictures, a razón de cien mil dólares por película, una enfermedad del estómago que sufría desde hace años acabó con su vida el 15 de agosto de 1926. La exposición de su cadáver en Nueva York sirvió de pretexto a las más absurdas manifestaciones de histeria colectiva que se recuerdan: miles de mujeres desgarraban sus vestiduras, se desmayaban; algunas llegaron al suicidio; Pola Negri hizo exhibición de su luto por todos los medios, y todavía durante muchos años se siguió hablando de las «viudas» de Valentino y, en especial, de Ditra Flame, la «dama de negro», que continuó acudiendo regularmente a su tumba durante lustros... Actor mediocre, sin una excesiva personalidad, Valentino obtuvo posiblemente su increíble éxito en función de una serie de coordenadas características de los años en que se desarrolló su carrera: el exotismo de sus rasgos, su juventud en relación a los actores masculinos entonces en boga, más bien maduros, y su puesta en primer término frente a las estrellas femeninas que hasta entonces se habían llevado, salvo excepciones, las cabeceras absolutas de los repartos.

LOS años 22 a 25, que fueron los de máximo esplendor de la carrera del «hombre más guapo del mundo», son los que vemos transcurrir en la obra que representa Mastroianni. En ella aparece en sus caracterizaciones de Julio Desnoyers en «Los cuatro jinetes...», de «El jeque» y, como no podía ser menos, baila el famoso tango que interpretaba en su primer film. A su lado, una corte de mujeres, que de modo más o menos velado representan a las principales pro-

tagonistas de su fallida vida sentimental, de Pola Negri a Natacha Rambova. Mastroianni, una de cuyas últimas películas fue un relato de ciencia-ficción —«La décima víctima», junto a Ursula Andress y Elsa Martinelli—, da así marcha atrás al tiempo, aunque la vivencia en que ahora se encuentra inmerso quede, en fin de cuentas, más alejada de nosotros que la que nos propone la película de Elio Petri. Respecto a su nuevo personaje, el actor ha hecho las siguientes declaraciones: «Los dos tenemos la afinidad de haber nacido en el mismo país, Italia. El fue actor y yo trato de serlo constantemente. Por lo tanto, creo que estoy capacitado para comprenderlo y para ofrecer una discreta interpretación de su papel, difícilísimo por lo complejo del carácter de Rodolfo Valentino, y porque todavía quedan muchas personas que lo han visto, muchas mujeres que lo han amado. El peor enemigo de un actor es la añoranza que los espectadores sienten por el personaje que interpreta, si es que este personaje existió realmente».

No puede dudarse de la sinceridad de las declaraciones del actor. Los hechos, por otra parte, le dan la razón. Silvana Mangano, que interpretó en un film de Lizzani a Rachele Mussolini, no se decide, después de las polémicas surgidas, a interpretar la biografía de Greta Garbo. Carroll Baker no ha logrado, evidentemente, borrar la imagen de la auténtica Jean Harlow. La resurrección de los mitos, especialmente cuando de mitos cinematográficos se trata, es siempre peligrosa. Donald O'Connor interpretando a Buster Keaton, Erroll Flynn a John Barrymore, James Cagney a Lon Chaney son buenos ejemplos de ello. En este caso, sin embargo, existe una diferencia. Excepcionalmente, y al margen de toda consideración subsidiaria, el mimetizador posee más talento que el mimetizado. Como, además, no se trata de una reconstrucción árida y de tipo naturalista, sino de una «interpretación» en el más exacto sentido de la palabra, las cosas no se plantean en los mismos términos. Y si Valentino fue una gran estrella, Mastroianni es, además de ello, un gran actor, uno de los primeros con que actualmente cuenta la pantalla mundial y que, por añadidura, posee una sólida formación escénica que hará que su presentación en un género aparentemente menor como es la comedia musical, sea algo más que el capricho de un ídolo cinematográfico que quiere saborear el contacto directo con el público.

(Copyright Globe Photo Italiana-Mondial Press)

MASTROIANNI



Olga Villi, que aparece sobre estas líneas junto a Mastroianni, encarna a Natacha Rambova, segunda esposa del seductor, y a la que su nombre ha quedado unido.

